

La mujer de la falda violeta

NEFELIBATA



NATSUKO IMAMURA

La mujer de la falda violeta

Traducción de
Juan Francisco González Sánchez



Duomo ediciones

Barcelona, 2020

Hay en mi barrio una mujer a la que todo el mundo conoce como *la mujer de la falda violeta*. Evidentemente, tal sobrenombre responde al hecho de que nadie la ha visto nunca vistiendo una falda de cualquier otro color.

He de reconocer que su constitución menuda y su pelo moreno cortado a media melena me confundieron e hicieron que supusiera en un primer momento que se trataba de una resuelta jovencita. Ciertamente, desde lejos incluso el observador más avizor podría confundirla con una colegiala, pero la nube de manchitas que salpica sus pómulos y la notable sequedad de su cabello se encargan de refutar

de inmediato tal juicio en las distancias cortas. *La mujer de la falda violeta* tiene por costumbre acercarse una vez a la semana a cierta panadería ubicada en la avenida comercial, donde adquiere siempre un bollo relleno de crema. Cuando me la encuentro allí, simulo estar concentrada en decidir qué tipo de pan o bollo llevarme, pero en realidad estoy muy atenta, observándola sin perder detalle. En tales ocasiones me asalta la sensación de que guarda cierto parecido con alguien que conozco. Pero ¿con quién?

Es tan elevada su popularidad entre los vecinos que en el pequeño parque de nuestro barrio hay un banco bautizado como «el asiento reservado para la mujer de la falda violeta». Es el último banco de un grupo formado por otros tres, en un área del parque orientada al sur.

Cierto día me percaté de que la mujer de la falda violeta dirigía sus pasos hacia el parquécito, tras abandonar la avenida comercial después de su habitual visita a la panadería. Recuerdo que apenas eran las tres de la tarde. Unas tupidas hayas, cargadas de hojas, arrojaban un espeso manto de sombra sobre «el asiento reservado para la mujer de la falda violeta» cuando ella se sentó, dispuesta a degustar su recién adquirida delicia de crema. Alzó su mano izquierda, con la palma vuelta hacia arriba a modo de

platito para evitar que se cayera ni pizca del amarillento relleno sobre el suelo y así la mantuvo durante unos instantes, complacida en la contemplación de los pedacitos de almendra que coronaban la parte superior del bollo. Al final se lo llevó a la boca. Degustó el manjar con sosiego y, como era habitual en ella, se recreó especialmente en el último bocado, dejándolo reposar en el interior de la boca y masticándolo de forma pausada.

En una de las ocasiones en que la vi ejecutar aquel ritual del bollo, se me ocurrió que a quien se parecía era a mi propia hermana mayor. No pretendo señalar con ello ningún tipo de parecido físico entre ambas, ni tan siquiera una mínima similitud en alguno de sus rasgos. Pero, pese a ello, ambas coincidían en un detalle: ninguna de las dos era capaz de reprimir la tentación de degustar con auténtica devoción el último bocado del alimento que comiesen. Mi hermana se deleitaba en ello hasta un punto tal que entraba en contradicción con la actitud vital que guiaba sus pasos, siempre comandada por el decoro y las buenas costumbres (las cuales, dicho sea de paso, le impedían imponerse a mí cuando nos enfrascábamos en alguna discusión). Cuando de comida se trataba, su habitual y reverencial pudor no era lo suficientemente firme como para permitirle mantener su

consabida compostura y refrenar dicha obsesión. El pudín, por ejemplo, la chiflaba. Antes de comerlo, le dedicaba entre diez y veinte minutos de embelesada contemplación, y cuando estaba a punto de terminárselo apuraba hasta la última gota de caramelo. En cierta ocasión, llegué a encararme con ella: «Si sigues mirándolo, me parece que te vas a quedar sin pudín», le solté; y dicho y hecho, me lo zampé en un abrir y cerrar de ojos. La que se armó. Los arañazos que me llevé siguen marcados en mi brazo izquierdo como cicatrices de guerra; aunque, por otro lado, también es posible que ella todavía conserve la señal del mordisco que le infligí en defensa propia en su dedo pulgar. Sin embargo, todo eso pertenece al pasado. Han transcurrido veinte años desde que papá y mamá se separaron y cada miembro de la familia ha seguido sendas dispares. ¿Qué habrá sido de mi hermana? ¿Dónde estará? Acabo de mencionar su enorme fascinación por el pudín, pero no sería de extrañar que sus gustos hubieran cambiado por completo y no sean ya los mismos de antaño.

Considerando lo dicho, me pregunto si yo también guardo alguna semejanza con la mujer de la falda violeta. Sería lo lógico si admitimos que mi hermana mayor y yo nos parecemos. De hecho y para ser honesta, me temo que poseemos alguna que otra

similitud. Por ejemplo, a juzgar por mi indumentaria, bien podría ser yo conocida como «la mujer de la rebeca amarilla».

Lamentablemente y a diferencia de ella, nadie me reconoce el valor de dicha característica; no tanto, al menos, como para hacerme merecedora de un sobrenombre. Y aunque ambas recorremos a diario los mismos lugares, yo lo hago sumida en el anonimato, sin que nadie vuelva la cabeza para mirarme; no soy el personaje emblemático de la avenida comercial en que ha llegado a convertirse ella.

Cuatro tipos de reacciones diferentes son las que la mujer de la falda violeta despierta en los transeúntes en cuanto la ven aparecer por la avenida comercial, tras doblar la esquina de la sala de juegos situada en su inicio. En primer lugar, se encuentra el grupo de viandantes que la ven, pero simulan no haberlo hecho; en segundo, los que se apartan de su camino sin pensárselo dos veces para cederle el paso; después, los que se alegran de verla e incluso alzan sus brazos a modo de celebración, y finalmente, aquellos que dejan escapar un abatido lamento de consternación debido a que, según dicen las malas lenguas, encontrarse con ella tres veces en un mismo día trae mala

fortuna. Debo añadir, eso sí, que encontrársela en dos ocasiones se considera señal de buena suerte.

Sea como fuere, aquello que mayor fascinación me produce acerca de ella es su actitud al caminar: su paso no se ve nunca afectado por el abanico de reacciones que su presencia provoca en los demás; sortea indiferente a la multitud que la rodea, sin alterar lo más mínimo el ritmo de su avance. Es sorprendente que nunca se tropiece con nada ni con nadie, ni siquiera en las horas de mayor aglomeración durante los fines de semana. Por lo que a mí respecta, solo encuentro dos razones plausibles que expliquen tan excepcional habilidad: o bien posee una agilidad innata superior a la media o bien ha sido agraciada con un tercer ojo en plena frente, oculto bajo el flequillo, que, a modo de faro, pueda girar trescientos sesenta grados y ofrecer una panorámica completa de su entorno. Personalmente, me decanto por esto último y, para ser sincera, añado que yo, la mujer de la rebeca amarilla, carezco por completo de semejante repertorio de habilidades.

No obstante, intuyo que tan admirable desenvoltura para esquivar al resto de los transeúntes debe de acabar despertando entre algunos de ellos el deseo de chocar adrede con la escurridiza dama. Y me temo que yo misma formo parte de dicho grupo tan

selecto como despreciable. Sin embargo, al igual que todos sus miembros, he fracasado en mi no muy loable intento. Si no lo recuerdo mal, estábamos a principios de la primavera. La vi aparecer, como siempre. Tan solo unos metros nos separaban. Pensé que me encontraba ante la ocasión perfecta. Avivé el paso y me abalancé contra ella.

Con la perspectiva del paso del tiempo, aquella acción se me antoja una auténtica estupidez. Ocurrió lo siguiente: primero, ella se cimbrió y me esquivó. Segundo, yo acabé estrellándome contra el escaparate de una carnicería, incapaz de frenar el impulso que llevaba, y lo destruí. Gracias a Dios, no sufrí ninguna lesión de consideración, pero tuve que pagarle al dueño una respetable cantidad de dinero en concepto de daños y perjuicios.

Ha pasado más de medio año desde aquello y hace tan solo unos días que he terminado de pagar la reparación del escaparate. No ha sido tarea fácil. Para ello, me he visto obligada a deshacerme de muchos de los enseres inservibles que guardaba en casa. Una vez al mes, me presentaba con el objeto en brazos en el mercadillo que organiza la escuela primaria del barrio y lo ponía a la venta, lo cual me reportaba

algo de calderilla con la que ir pagando el escaparate. «¿Se puede saber qué estoy haciendo? –me preguntaba en cada ocasión–. Pero ¿en qué estaba pensando? ¿Acaso no sabía de antemano que nadie había logrado colisionar con la mujer de la falda violeta?». Desde luego, aunque descartemos la hipótesis del tercer ojo bajo el flequillo, ha de admitirse al menos que posee una elasticidad absolutamente fuera de lo común. La verdad es que el adjetivo *elástico* no encaja del todo con la precisa descripción que quisiera ofrecer de ella, pero, desde luego, la suavidad con que se mueve sorteando a la muchedumbre es sin duda comparable con la de un patinador que ejecuta su programa deslizándose sobre la pista helada. Ahora que lo pienso, guarda cierto parecido con la patinadora que logró la medalla de bronce hace dos años en los juegos olímpicos de invierno. Recuerdo que llevaba un vestido azul y hablaba de una manera muy característica. Después de retirarse del circuito deportivo profesional, logró abrirse paso en el mundo de la televisión y el año pasado fichó como presentadora de un programa infantil. Lo último que sé de ella es que recibió el título de «chica televisiva con más pasión por los niños». Me atrevo a asegurar que tanto ella como la mujer de la falda violeta poseen el mismo grado de popularidad en el momento

presente, a pesar de que la última supere con creces en edad a la primera y de que su ámbito de acción se circunscriba a nuestro barrio. Curiosamente, ambas tienen también en común una gran fama entre el público infantil. Tanto es así que los programas televisivos que de vez en cuando se presentan en la avenida comercial para entrevistar a amas de casa con cuestiones tan poco originales como «¿Qué va a servir de cena esta noche?» o «¿Qué opina de la reciente subida del precio de las verduras?» dejan a veces de lado sus habituales preguntas y se dirigen a ancianos y niños para abordarlos con cuestiones relativas a la mujer de la falda violeta: «¿La han visto alguna vez?», preguntan. «¡Por supuesto!», replica la mayoría de los entrevistados.

Últimamente, entre los niños se ha puesto de moda un juego a modo de curioso desafío: aquel que pierde a piedra, papel o tijera se ve obligado a cumplir con una prueba que de manera invariable consiste en tocar a la mujer de la falda violeta. A pesar de la sencillez del reto, un efervescente entusiasmo se apodera de todos los niños reunidos en el parque del barrio para jugar. A los perdedores no les queda otra que acercarse con sigilo al asiento reservado para la

mujer de la falda violeta y, una vez que están lo suficientemente cerca, «toc», tocarla en el hombro. Eso es todo. Consiste solo en eso pero, después de lograr el reto, todos ponen pies en polvorosa entre incontenibles risas y jolgorio. Y así, una y otra vez.

Al principio, el juego no consistía en tocarla, sino en situarse frente a ella para decirle algo. Un simple «Buenos días» o un «¿Qué tal está usted?» eran suficientes. Cualquier saludo a la mujer por parte del perdedor de turno en el juego bastaba para que todos ellos cayeran de inmediato presa de una desbordada excitación y huyeran a la carrera, entre risas inflamadas por la emoción.

Dicha modificación en el juego se ha producido hace poco y la razón no ha sido otra que el mero tedio derivado de la constante repetición de una fórmula idéntica. El aburrimiento parece haber sido mutuo: tanto de los niños como de la propia mujer de la falda violeta, quien se veía obligada a escuchar lo mismo una y otra vez, puesto que el repertorio de expresiones de los niños era considerablemente limitado y no iba mucho más allá de las manidas «¿Qué tal está hoy?» o «Qué buen tiempo hace». Algún que otro alarde de creatividad daba como fruto

saludos forzados al estilo de «*How are you?*», tal cual, en inglés. Aunque, desde luego, ello tampoco aportaba gran cosa al desarrollo del juego. Lo cierto es que incluso la mujer, inmóvil y cabizbaja al principio, acabó acostumbrándose a los niños y sus pequeñas travesuras, y llegó a transigir con acciones no poco llamativas, como algún que otro bostezo o toquetearse las uñas. Cualquier observador ajeno que viera a la mujer desprender lánguidamente bolitas de pelusa de su jersey tendería a pensar que era ella quien trataba de provocar a los niños por medio de pequeños gestos, haciendo lo que estaba en su mano por dar algo de color y variedad a un juego que se había vuelto previsible.

Con la determinación de deshacerse del hastío bajo el cual habían ido sucumbiendo, los niños formaron un círculo, apoyaron sus frentes los unos en los otros y, de esta guisa, idearon la nueva regla, que consistía en tocar a la dama en el hombro. Si bien ha transcurrido ya un considerable periodo de tiempo desde la entrada en vigor de esta última regla, ninguno de los niños ha mostrado señales de cansancio respecto a ella. Lo cierto es que la dosis de efusividad no se limita a la realización de la prueba, sino que también en el mismo juego de piedra, papel o tijera gritan a todo pulmón dichas palabras: «¡Piedra, pa-

pel o tijera!»; a continuación, el ganador da un buen salto para expresar su alegría mientras que el perdedor deja escapar un dramático grito de derrota. La mujer de la falda violeta permanece inmóvil en su banco, ajena a todo ese jolgorio, con ambas manos reposando sobre sus rodillas y la mirada en el suelo. En el fondo, eso parece indicar que todavía no se ha familiarizado lo suficiente con la nueva regla del juego. De hecho, me pregunto qué sentirá cada vez que nota sobre su hombro el golpecito de los dedos de alguno de los niños.

Estoy equivocada al pensar que la mujer de la falda violeta se parece a mi hermana. También al creer que guarda alguna similitud con la patinadora convertida en presentadora de televisión. A quien verdaderamente se asemeja es a mi antigua compañera de primaria: mi amiga Mei, con su largo cabello recogido en una trenza ribeteada con una goma de color rojo. El padre de Mei era de origen chino y, cuando quedaban pocos días para la ceremonia de graduación, toda la familia regresó inesperadamente a Shanghái, su ciudad natal. La imagen sedente e inmóvil de la mujer de la falda violeta es la misma de Mei cuando presenciaba la clase de natación. No hacía mucho

caso a nuestras evoluciones natatorias y se conten-
taba con estar presente, con los hombros caídos y
frotándose las uñas nerviosamente. Un momento:
¿acaso la mujer de la falda violeta podría ser Mei? De
hecho, perdimos todo contacto una vez que se mar-
chó, así que bien podría ser que hubiera vuelto sin
que yo me enterara. ¿Y no podría ser incluso que el
motivo de su regreso fuera reencontrarse conmigo?